

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

La Ley Sáenz Peña en un bastión conservador. Avellaneda, 1912-1917.

Pablo Fernández Irusta.

Cita:

Pablo Fernández Irusta (2005). *La Ley Sáenz Peña en un bastión conservador. Avellaneda, 1912-1917. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/672>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: La Ley Sáenz Peña en un bastión conservador. Avellaneda, 1912-1917.

Mesa Temática nº 70: "Historia sociocultural de la democracia política en Argentina, siglos XIX y XX"

Coordinadores Gardenia Vidal y Pablo Vagliente

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de Quilmes

Autor/res: Pablo Fernández Irusta (docente y doctorando)

Dirección: Palestina 507 "2" (Capital Federal)

TE: 4-866-4915 / E-mail: irustapablo@infovia.com.ar y pfernandez@unq.edu.ar

La Ley Sáenz Peña en un bastión conservador. Avellaneda, 1912-1917

Pablo Fernández Irusta

Como es habitual en el estudio de grandes procesos históricos, el análisis de la reforma electoral argentina de 1912 dio lugar a visiones que tienden a enfatizar ya sea las rupturas introducidas por dicho cambio institucional o, en cambio, las continuidades que pese a éste se constatan en la nueva etapa iniciada. La visión “rupturista”, predominante en la bibliografía, ha focalizado su interés en fenómenos tales como las consecuencias de la integración política de nuevos sectores sociales, el advenimiento de prácticas políticas acordes con una democracia masiva y las transformaciones en el Estado y la cúpula dirigente.¹ Frente a esta visión, en los últimos años algunos investigadores han relativizado parte de estos argumentos señalando las continuidades existentes entre el período oligárquico y el iniciado con la reforma, por ejemplo, en lo referido a las prácticas electorales, participación electoral y cultura política.² En rigor, ambas visiones no siempre comportan interpretaciones excluyentes, y parte de sus argumentos pueden complementarse.

Sin embargo, por sobre toda discusión en torno al significado histórico de la reforma de 1912, hubo un aspecto sobre el que siempre existió un amplio consenso: la caracterización de las estructuras heredadas del PAN (“fuerzas conservadoras”) y, especialmente, sus agentes electorales locales. En efecto, sea cual fuere la perspectiva de análisis elegida, se ha tendido a ver en la acción de los “caudillos” conservadores una de las principales líneas de continuidad con el orden oligárquico. Las prácticas electorales propias de dicho régimen (fraude, voto venal, violencia física, etc.), opuestas a la interpelación a la ciudadanía desde el espacio público, habrían encontrado en estos agentes

¹ En esta línea, pueden citarse los trabajos de Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1966 y Darío Cantón, *El Parlamento Argentino en épocas de cambio: 1890, 1916 y 1946*, Buenos Aires, Ed. del Instituto, 1966.

² Véase Paula Alonso, “Voting in Buenos Aires (Argentina) before 1912”, en Eduardo Posadas-Carbó (ed.), *Elections before Democracy. The History of Elections in Europe and Latin America*, Londres, Macmillan Press, 1996, pp. 181-200, y Fernando Devoto, “La construcción de la primera democracia argentina. Legislación y prácticas políticas”, en Torcuato Di Tella (comp), *Argentina – Chile ¿Desarrollos paralelos?*, Buenos Aires, Grupo Editor de América Latina, 1997.

sus más fieles representantes dentro de período democrático. Cabe destacar, sin embargo, que la solidez de este consenso se apoya en una evidencia empírica por demás escasa. De hecho, resulta mucho más fácil encontrar referencias sobre el caudillismo conservador de la época, que estudios sobre el tema.

Esta ponencia busca adentrarse en este terreno casi inexplorado. Para ello toma como punto de partida el Partido Conservador de la Provincia de Buenos Aires y, en particular, los conservadores de Avellaneda liderados por Alberto Barceló, un caudillo considerado un paradigma de las prácticas políticas tradicionales. La hipótesis general que subyace a este trabajo supone que el estudio de estos agentes electorales puede brindar elementos valiosos tanto para la comprensión de la reforma electoral, como para la discusión del balance de rupturas y continuidades que trajo aparejado el proceso de democratización. Más específicamente, esta ponencia se propone dos objetivos: primero, definir la gravitación que tuvo del fraude electoral y el clientelismo estatal en las elecciones municipales de Avellaneda durante los primeros años de la reforma, y segundo, analizar las prácticas políticas desarrolladas por Barceló y su grupo en respuesta al nuevo marco institucional. Dos objetivos que pueden expresarse también en forma de pregunta: ¿Fueron –como se ha creído a menudo– el fraude electoral y el control de las estructuras estatales elementos determinantes en el predominio local logrado por el grupo de Barceló? y ¿qué respuestas ensayó esta dirigencia conservadora frente al desafío de la ampliación democrática?

Fraude y clientelismo político en Avellaneda, 1912-1917

Alberto Barceló accedió a la Intendencia de Avellaneda en 1909 y, desde entonces hasta el advenimiento del peronismo, mantuvo un claro predominio político en el distrito. Este caudillo formaba parte de una red familiar con una larga experiencia en la política local y que, en el momento de la primera Intendencia de éste, controlaba las instituciones clave de la política municipal – la Intendencia, en manos de sus hermanos Domingo y Emilio, y la policía, por medio de Enrique–. Alberto, el menor de la familia, supo capitalizar esa

herencia, y una vez que sus hermanos fallecieron o se retiraron, logró preservar la hegemonía política local alcanzada por éstos. Su éxito en esta empresa es un hecho resaltado con frecuencia por la historiografía, ya que Alberto pudo superar una prueba que muchos juzgaban casi insuperable para un caudillo conservador, esto es, concitar un apoyo electoral mayoritario en uno de los principales suburbios obreros de la época y en un contexto institucional democrático.

No obstante, los medios de que se valió para lograr esa hazaña permanecen sin dilucidar. La historiografía ha oscilado entre explicaciones que enfatizan los aspectos coercitivos, como el fraude y la violencia política, y los aspectos consensuales, relacionados con el “paternalismo” y las prácticas personalistas.³ Sin embargo, en lo que refiere a su relación con las prácticas políticas propias de la democracia de partidos, la opinión fue unánime: como otros caudillos conservadores, Barceló y su grupo se habrían mantenido en el círculo de prácticas asociadas al orden oligárquico y, en todo caso, habrían buscado usufructuar aquellas menos reñidas con el nuevo marco legal (por ejemplo, el clientelismo).

A continuación, mostraremos que esta interpretación resulta muy discutible. En primer lugar, porque ni el fraude electoral ni el control de los recursos estatales –elemento clave para que el clientelismo adquiriera gravitación política– fueron decisivos en el liderazgo local de Barceló.

Con respecto al fraude electoral –en el sentido limitado de tergiversación de resultados electorales–, una forma relativamente sencilla de sopesar su gravitación en Avellaneda es comparar las elecciones regidas por la ley provincial con las elecciones regidas por la ley nacional. Esta comparación –utilizada con el mismo fin por los contemporáneos– se justifica no sólo por las diferentes garantías que cada marco legal ofrecía para el escrutinio, sino sobre todo porque mientras las elecciones municipales y provinciales fueron

³ Norberto Folino, *Barceló, Ruggerito y el populismo oligárquico*, Buenos Aires, Falbo Librero editor, 1966 y Gerardo Brá, "Barceló, el último caudillo", en **Todo es Historia** nº 111, Buenos Aires, agosto de 1976.

denunciadas reiteradamente por fraude, las nacionales no. El cuadro 1 se exponen los datos electorales correspondientes a elecciones nacionales y municipales del distrito de Avellaneda entre 1910 y 1918. Cabe recordar que las primeras se realizaban cada dos años a comienzos de abril y las segundas todos los años a fines de noviembre, por lo que una buena forma de contrastar los datos es comparando las elecciones nacionales con las municipales que las precedieron, ya que es el lapso más corto entre una y otra elección. ¿Cuál es el resultado?

Cuadro1 : Elecciones nacionales y municipales en Avellaneda, 1910-1916

	Padrón/ Votantes	UCR	PS	Conserv.	Otros	Blanco
1910 (Mun)	5.558/ 1.045	-	81	964		
1911 (Mun)	5.040/ 1.279	-	121	1.158		
1912 (Nac)	sin-datos/ 4973	-		3.000 (aprox)		
1912 (Mun)	sin-datos/ 1.907	-	130	1.777		
1913 (Mun)	5.990 /3.523		355	2.680		488
1914 (Nac)	7.034/ 4.973	1.115	1.098	2.760		
1914 (Mun)	7.397 /4.698	623	637	3.092	250	97
1915 (Mun)	7.500 /4.901		411	4.023	163	304
1916 (Nac)	9.097 /6.699	1.865	971	3.863		
1916 (Mun)	8.040/ 3.876		847	2.809	69	151

Fuente: *La Opinión* (de Avellaneda) y **AHCDA, 1910-1916.**

La lectura del cuadro 1 parece confirmar dos hechos. Primero, las denuncias de fraude tenían fundamento. Mientras que el caudal de votos de los conservadores mantiene continuidad entre elecciones municipales y nacionales, el de los partidos de la oposición se reduce sistemáticamente en las elecciones municipales. En el caso del radicalismo, en la elección municipal de 1914, ya sea que se tome como parámetro la elección nacional de 1914 o la de 1916, dicha reducción alcanza el 44,1% o el 66% respectivamente. En el caso del socialismo, si se toma la elección nacional posterior como parámetro

los porcentajes son los siguientes: 67,6% para 1913 y 57,7% para 1915. Aun contemplando la posibilidad de un desfase en el comportamiento de los votantes radicales y socialistas, la diferencia obtenida en una y otra elección resulta demasiado pronunciada. Por otra parte, en el caso de los socialistas, éstos realizaban tras cada elección comunal un recuento de los votantes que habían movilizadado, cuyo resultado siempre era menor que el de los votos escrutados, lo que parece corroborar la existencia de fraude.

No obstante, los mismos datos confirman la irrelevancia de este mecanismo en el desempeño electoral del conservadurismo. En efecto, la variación entre los votos obtenidos en elecciones municipales y elecciones nacionales, en el caso de los conservadores, no sólo es mucho menor sino que incluso a veces se da en sentido inverso, como en la elección nacional de 1914 cuando éstos obtuvieron un mejor desempeño que en los comicios municipales precedentes. Por ende, más que proporcionarles un caudal de votos ficticio, el fraude les habría servido para mantener el monopolio de los cargos municipales. De no haber mediado el fraude, la oposición hubiera alcanzado una importante representación en el Concejo Deliberante, con la consecuente reducción del margen de discrecionalidad con que Barceló y su grupo habían manejado hasta entonces los negocios comunales.

Más que el fraude electoral, los radicales denunciaron el clima general de hostigamiento a la oposición y el uso de los recursos públicos por parte del oficialismo. Según ellos, aún cuando las elecciones desde el punto de vista formal pudiesen ser irreprochables, la clave del predominio conservador radicaba en la utilización de un conjunto de mecanismos más o menos coercitivos. Estos mecanismos ("la máquina") eran los habituales en la política provincial y se pueden sintetizar en cinco prácticas principales: 1. Hostigamiento de los militantes conservadores y de la policía a los miembros y simpatizantes de la oposición; 2. La gestión de las oficinas públicas (sobre todo la Oficina de Rentas) con criterios partidistas; 3. La utilización de los recursos municipales (dinero, empleados, instalaciones, etc.) con fines proselitistas; 4.

La presión sobre los votantes, y 5. Distintas formas de venalidad del voto financiadas con dineros públicos.⁴

Ahora bien, desde los atropellos policiales y el proselitismo de los funcionarios públicos, hasta la discriminación política ejercida por las oficinas públicas, todas estas prácticas necesitaban de la complicidad de las autoridades locales (y provinciales). Sin esa protección los conservadores no podrían haber presionado al electorado o a la oposición en una magnitud políticamente significativa. Por ende, si lo que se intenta es definir la gravitación de estos mecanismos en la política local, una manera razonable –aunque sin duda imprecisa– sería comparar el período aquí analizado con el siguiente, entre 1917 y 1920, durante el cual todos los poderes estatales (municipalidad, provincia y nación) fueron controlados por la oposición. Los conservadores de Avellaneda habían proclamado insistentemente la popularidad de su caudillo en el distrito, pero lo cierto es que, mientras, controlaban todos los resortes del poder comunal. ¿Qué sucedió una vez que perdieron ese reaseguro institucional?

Cuadro 2: Elecciones nacionales y municipales en Avellaneda, 1917-1920

	Padrón/ Votantes	UCR	PS	Conserv.	Otros	Blanco
1917	Intervención municipal					
1918 (abril) (Nac)	11.416/ 7.702	3486	1046	3170		
1918 (abril) (Mun)	sin-datos / 6.451	3.768	859	1.683	141	
1918 (nov.) (Mun)	12.137/ 6.579	2.826	1.388	2.228	137	
1919 (Mun)	13.205/ 8.083	3.531	1.296	3.128		128
1920 (Nac)	s-datos/ 8.422	3.214	1.747	3.461		
1920 (Mun)	sin-datos/ 8.491	3.028	1.892	3.307		260/4

Fuente: *La Opinión* (de Avellaneda) y **AHCDA, 1917-1920.**

⁴ Estos son los principales cargos aducidos, entre 1916 y 1917, por la dirigencia radical contra Barceló con el fin de solicitar la intervención a la comuna. Véase **La Libertad**, nov.-dic. 1916.

Los datos ofrecidos por el cuadro 2 son suficientemente demostrativos para permitir algunas conclusiones. Por un lado, con respecto al caudal electoral conservador, las denuncias del radicalismo sólo en parte estaban justificadas. Si seguimos el criterio anterior según el cual tomábamos las elecciones nacionales como un indicador electoral menos pasible de tergiversaciones, es evidente que la pérdida del control municipal afectó sólo en pequeña medida al caudal electoral conservador. En las últimas elecciones nacionales bajo la intendencia de Barceló (1916) éstos obtuvieron 3863 votos; en las primeras bajo autoridades radicales, 3170 votos, esto es, alrededor de un 18% menos. Aun siendo una disminución importante, este desempeño no puede sino relativizar el peso de las prácticas coercitivas y del acceso a los recursos públicos durante el período anterior. Y lo mismo se desprende de la elección nacional de 1920, cuando luego de cuatro años sin controlar la intendencia, el grupo de Barceló se impuso por sobre las otras fuerzas.

Ciertamente, en el caso de las elecciones municipales las diferencias resultan más pronunciadas. De los 2809 votos obtenidos a fines de 1916, los conservadores pasaron a 1683 a comienzos de 1918. Sin embargo, dado el resultado que obtuvo el grupo conservador en los comicios nacionales celebrados pocos días después (3170 votos), cabe inferir lo mismo que constatamos para el período precedente: la influencia de los poderes locales en las elecciones regidas por el padrón provincial. De hecho, aparece una relación análoga entre los diferentes tipos de comicios, aunque ahora a favor del radicalismo. Mientras los conservadores y los socialistas obtienen sistemáticamente menos votos en las elecciones municipales que en las nacionales, los radicales son los únicos en registrar en las primeras valores más altos que en las segundas. Este efecto, por cierto, no debe sorprender: al igual que los conservadores, los radicales volcaron las estructuras estatales en su beneficio. Pero también, en este lapso, el control de las estructuras estatales no parece haber sido determinante. Ello lo demuestra el progresivo crecimiento de los votos conservadores durante esos años y su victoria en las elecciones municipales de 1920.

Las prácticas políticas del conservadurismo, ¿un caso de innovación?

Partiendo de la evidencia empírica reseñada, resultaría sorprendente que Barceló y su grupo se hubiesen concentrado en reproducir prácticas como el intercambio de votos por favores o la coerción al votante, cuando contaban con una base política que no parecía depender de esos elementos. Más aún, ¿por qué se habrían inhibido de incursionar en las prácticas propias de una democracia en vías de masificación al igual que los partidos de oposición, sobre todo cuando contaban con todos los recursos para ello? A continuación, analizaremos las tres vías principales por las que los conservadores de Avellaneda buscaron adaptarse al nuevo marco institucional.

La “visita” al electorado

A partir de la reforma electoral, una de las prácticas iniciada por el grupo local de Barceló consistió en dividir el padrón electoral entre un conjunto de dirigentes para que cada uno visitara a los empadronados en su casa, “tanto a los afiliados al partido, como aquellos que no lo son”,⁵ a fin de convocarlos a votar por el conservadurismo. Este trabajo se realizaba con bastante anticipación (en 1916, más de dos meses antes de los comicios),⁶ por lo que no resulta arriesgado suponer que lograban recorrer la mayor parte del padrón. Lamentablemente, no contamos con fuentes que informen cómo se trababa el contacto con los vecinos. La práctica, en sí misma, distaba de ser original. En España, por ejemplo, en un contexto similar (las elecciones de 1891 tras la introducción del sufragio universal) el oficialismo había recurrido a una estrategia análoga según la cual “el elector fue solicitado casa por casa, y voto por voto”.⁷ Y, asimismo, este sistema era por entonces conocido en otras ciudades del país.⁸

⁵ Informe sobre Avellaneda para la campaña electoral de 1916 (22 de enero de 1916), en Archivo General de la Nación, *Archivo y Colección Dardo Rocha*, Legajo 238.

⁶ *Ibidem*.

⁷ Citado en José Valera Ortega, *Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, Madrid, Alianza Editorial, 1977, pág. 421.

⁸ Matthew B. Karush, *Workers or Citizens. Democracy and identity in Rosario, Argentina (1912-1930)*, University of New México, 2002, op. cit., pág. 60.

Para la oposición esta práctica representaba si no un ejercicio directo de la coerción, al menos un acto intimidatorio y fraudulento. Durante las elecciones nacionales de abril de 1916, un afiliado radical presentó en los juzgados de La Plata una denuncia por este motivo contra Barceló y veintitrés empleados municipales, que en su mayoría ejercían importantes cargos en la Oficina de Rentas, Registro Civil y la Intendencia.⁹ La presencia de inspectores y cobradores municipales entre los acusados da cierto asidero a las denuncias sobre “intimidación” y “corrupción política”, ya que estos funcionarios contaban con múltiples recursos para utilizarlos de forma electoralista.

No obstante las reiteradas denuncias de la oposición, lo que resulta más llamativo de las descripciones ofrecidas por estas mismas fuentes es el papel que desempeñaba la persuasión de los electores. Así, por ejemplo, en 1916 el órgano radical señalaba:

Visitando de puerta en puerta al electorado y solicitando *con buenas o malas manera* su voto en nombre del caudillo, *haciendoles ver* las consecuencias a que se expone si no responde a su pedido, *insinuándoles* días mejores a base de injusticias y *hasta convencerlo* de que el secreto del voto es un mito para ellos que todo lo saben.¹⁰

Y en 1918, cuando los conservadores sostenían la misma práctica pese a no contar ya con el respaldo de las estructuras del Estado:

Es inútil que recorran las calles, de casa en casa, *pidiendo*, como lo hacen los conservadores de Avellaneda que voten por ellos.¹¹

⁹ La lista de los denunciados es la siguiente: por recorrer los domicilios de los electores, Antonio Capurro (empleado de la oficina de rentas), Amaro Giura (cobrador municipal), Manuel Valdez (empleado municipal), J. S. Casassa (inspector municipal), Leopoldo Siri (jefe de la mesa de entradas de la intendencia), Pablo Duarte (inspector municipal), Héctor Dossi (inspector general de la Municipalidad), Luis Carbone (procurador municipal), Agustín Pérez (inspector municipal), Nicanor Salas Chaves (secretario de la intendencia), Marcos Garbellini Vidal (procurador municipal), Germán Rico (inspector municipal), J. E. Iturburu (cobrador municipal), R. Dornaleche (procurador fiscal); por proselitismo, J. C: Ahumada (médico), Pedro Groppo (médico), Nicolás Sibello (médico), Mariano A. Silles (jefe de registro civil de la sección 1), Cristóbal De Vicenzi (jefe de registro civil de la sección 2), Bernardino Prieto (jefe de registro civil de la sección 3). **La Verdad**, 21-10-16.

¹⁰ **La Libertad**, 15-4-16. (cursivas son copias)

Lo que estas descripciones parecen indicar es que, más allá de la potencialidad coercitiva de las visitas, buena parte del trabajo se centraba en la captación de apoyos voluntarios. Este trabajo por “convencer” o “inducir” (no importa con qué argumentos) a los votantes diferencia esta práctica de la movilización de una “red social” o de “clientelismo”. En otras palabras, no cabe duda que, ante cada elección, Barceló y sus lugartenientes buscaban capitalizar políticamente el espectro de lealtades, apoyos y deudas políticas articuladas con un paciente trabajo personal. Pero en lo que hace a estas visitas, su lógica de acción parece ser otra. Parecen acercarse más a un trabajo proselitista “atomizado”, a una interpelación individualizada del votante (“puerta a puerta”), que a una acción concertada para amedrentar al electorado o para reactivar lealtades latentes. Se trataría pues de una práctica que combinaba “los enfoques tradicionales de la actividad política con técnicas más modernas”;¹² en este caso, la relación personalizada de la política local decimonónica con la interpelación a un electorado anónimo propia de las democracias de masas.

Dos hechos parecen confirmar esta hipótesis. En primer lugar, la importante representación de funcionarios con título universitario entre los acusados de ejercer un trabajo que, si realmente era de carácter coercitivo, parecía más propicio para otros miembros de las estructuras conservadoras (y no caben dudas de que Alberto Barceló contaba con hombres capaces de hacerse entender por la fuerza).¹³ En segundo lugar, la escasa eficacia de este mecanismo como movilizador de “redes sociales”. Aun cuando estas visitas hubiesen proveído la totalidad de los votos conservadores, ello sólo habría representado —en el mejor de los casos— la mitad del padrón.¹⁴ Tras recorrer la mayor parte de las viviendas, la única conclusión que podían sacar los conservadores era que para una parte mayoritaria del electorado ni los incentivos materiales ni las intimidaciones tenían un gran efecto, y no extraña entonces que recurriesen a otras formas (discursivas) de persuasión.

¹¹ **La Libertad**, 13-2-18. (cursivas son propias)

¹² Walter, op. cit., pág. 20.

¹³ De los veintitrés denunciados al menos nueve tenían instrucción universitaria y parte de los restantes, por las funciones que desempeñaban, no podían sino tener algún tipo de instrucción formal. Véase nota 59.

Las campañas electorales

Con anterioridad a 1912, la acción proselitista no era algo desconocido en el suburbio obrero ya que los partidos habían utilizado la publicidad como parte de sus trabajos preelectorales. Pero el reducido número de electores, el control que sobre ellos ejercían las dirigencias y la gravitación que tenía el uso de la fuerza física orientaban los trabajos preelectorales hacia el reclutamiento de grupos de electores y pequeñas fuerzas de choque, más que a convocar la adhesión de la ciudadanía. Con la reforma electoral cambiaron las reglas del juego, y ello se expresó en la organización de campañas electorales cada vez más activas y prolongadas. La competencia radical fue el principal incentivo para este esfuerzo organizativo, tal como lo evidencia la menor intensidad que tuvieron las campañas conservadoras cuando los radicales no participaron de la elección. Durante este período, los barcelonistas enfrentaron al radicalismo en las elecciones nacionales de 1914 y 1916, y en las municipales de 1914. Aquí atenderemos sobre todo a las elecciones nacionales que fueron las que concitaron mayor entusiasmo.

En los comicios nacionales de 1912, en los cuales el radicalismo bonaerense se abstuvo de intervenir, el grupo de Barceló siguió las prácticas conocidas, aunque con una mayor amplitud e intensidad. Se concentraron en la apertura de subcomités en distintos puntos del distrito, teniendo todos como referencia el comité central ubicado en la Ciudad de Avellaneda. En los subcomités, la actividad política desarrollada fue la comúnmente asociada al conservadurismo: juego de taba y cartas, alcohol gratis, asado y –presuntamente– compra de votos (aunque, según las denuncias de la oposición, no de forma abierta como en el pasado). A pocos días del comicio, la propaganda conservadora se circunscribió a la fijación de carteles con las fotos de los candidatos y la publicación de un manifiesto del Partido Conservador dirigido a la ciudadanía.¹⁵ Enfrentando sólo la oposición del socialismo, el esfuerzo alcanzó para obtener un amplio triunfo.

¹⁴ Véase Cuadro 1.

¹⁵ **La Verdad**, 4-4-12.

En 1914, la campaña de los conservadores experimentó cambios importantes. Si bien los subcomités volvieron a cubrir cada uno de los ocho cuarteles del distrito como dos años antes, ahora las asambleas públicas y las conferencias adquirieron un mayor relieve; de hecho, se convirtieron en el acto principal de inauguración de nuevos subcomités y, una vez constituidos éstos, se sumaron a las otras actividades habituales. En el caso de las grandes asambleas públicas estos ejercicios de oratoria pasaron a constituir el acto principal. Los oradores eran generalmente miembros de la cúpula de conservadurismo local y, con excepción de Alberto Barceló, la mayoría de la dirigencia conservadora local desempeñó esa función.

La realización de manifestaciones públicas alcanzó un mayor desarrollo en esta campaña. Al igual que los socialistas y los radicales, los conservadores recrearon la tradicional práctica de coronar los eventos clave –como las grandes asambleas– con un desfile de sus simpatizantes y dirigentes por las calles de Avellaneda.¹⁶ Pero estas manifestaciones no siempre estaban programadas y podían resultar de la exaltación generada en una pequeña reunión partidaria. Así –informaba la prensa– tras la realización de una reunión en un subcomité, “se improvisó una manifestación que recorrió las calles principales del populoso e importante barrio de Piñeyro, la cual aclamaba los nombres de nuestras autoridades, del Partido Conservador y de los candidatos que éste sostendrá en los comicios del domingo próximo”.¹⁷

Mientras que dos años antes no se había realizado ningún acto de cierre de campaña, en 1914 el grupo de Barceló organizó con esa finalidad una gran asamblea partidaria en el Teatro Roma –el más importante de Avellaneda–, en la cual hicieron uso de palabra los principales candidatos del partido para el Congreso Nacional, como José Arce, Mariano de Vedia, Marco Avellaneda y Rodolfo Moreno, entre otros. “Resultó el acto un verdadero torneo de oratoria”, según la prensa conservadora, “en la que pudo admirarse la forma brillante del

¹⁶ Véase al respecto, Hilda Sabato, *La Política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862- 1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, cap. V, en especial págs. 153-156

¹⁷ **La Verdad**, 17-3-14

pensamiento, la fluidez de la expresión, el talento de quienes emitían pensamiento y la frase enseñante”.¹⁸ Tras el acto, se organizó “una imponente manifestación que acompañó a los candidatos, delegados y autoridades hasta el puente Pueyrredón, donde pronunciaron nuevamente discursos el Dr. José Arce y el señor Mariano De Vedía”.¹⁹ Según la prensa metropolitana, más de 5.000 personas participaron del evento;²⁰ número que si bien parece elevado, puede deberse a la participación de militantes de otros distritos bonaerenses, tal como denunciaba la prensa opositora.

Pero, más allá de la convocatoria real de los barcelonistas, lo llamativo es la intención de los conservadores de competir con la oposición tanto en el uso de la palabra como en la ocupación del espacio público. “Era menester”, señalaba la prensa partidaria, “añadir a las pruebas producidas en diferentes oportunidades por el Partido Conservador, una nueva que fuera categórica, terminante, aplastadora; era menester demostrar en forma inarrestable que la agrupación política citada contaba en sus filas con la absoluta mayoría popular”.²¹ Referencias como éstas acompañaron cada evento público organizado por el grupo de Barceló, junto con descripciones de las reuniones opositoras que destacaban su escasa convocatoria y la pobre cultura de los oradores.

Para las elecciones nacionales de 1916, presidenciales y parlamentarias, el grupo de Barceló reforzó el conjunto de prácticas ensayadas en los años anteriores. Además de las grandes reuniones partidarias, también se multiplicaron las conferencias realizadas en los subcomités. El objetivo, según la prensa partidaria, era realizarlas “en todos los subcomités y en cuanto centro urbano de alguna importancia a fin de que no quede rincón donde la palabra sencilla, clara y franca del Partido Conservador deje de escucharse”.²² Y este tipo de reuniones públicas, efectivamente, se intensificaron a medida

¹⁸ **La Verdad**, 21-3-14.

¹⁹ **La Verdad**, 21-3-14.

²⁰ **La Prensa**, 22-3-14.

²¹ **La Verdad**, 24-3-14.

²² **La Verdad**, 5-2-16.

que se acercó la jornada electoral. En el mes precedente se realizó, en promedio, al menos una reunión pública por día.

En estas reuniones, además de los oradores del partido, era común que se presentaran diferentes números artísticos. La prensa anunciaba: "Mañana se llevará a cabo en el nuevo subcomité de la calle Domínguez otra reunión de propaganda que será amenizada por una excelente orquesta"²³ o "asistirán delegados y oradores del partido. Además una numerosa orquesta interpretará diversos números musicales".²⁴ Se programaban "ejecuciones en el piano por varios profesores"²⁵ o, de forma menos precisa, se prometía la realización de "varios números" artísticos.²⁶ La prensa radical daba cuenta de este tipo de actividades de forma despectiva, y solía contrastar las actividades de la UCR con la "voluptuosa y lasciva danza 'tanguera' de los conservadores"²⁷ Y en el caso de los socialistas, eran proverbiales sus denuncias del "baile con corte" y de la presencia de "rameras" en los locales conservadores.

Estas alusiones al ambiente de tango no eran desatinadas, ya que efectivamente se trataba del tipo de expresión artística prevaleciente en los subcomités. De hecho, uno de los aportes artísticos principales a la campaña del grupo de Barceló provino del dúo Carlos Gardel y Juan Razzano, por entonces en los inicios de una ascendente carrera. En el mes previo a las elecciones se constatan al menos diez presentaciones del dúo en distintos subcomités de Avellaneda.²⁸ Aunque es probable que hayan sido más numerosas, pues no todas las actividades de los subcomités se veían plasmadas en la prensa, mientras que el dúo llegaba a participar varios días seguidos en este tipo de encuentros proselitistas.²⁹

Finalmente, para el cierre de la campaña de 1916, el grupo de Barceló organizó una gran concentración pública en la plaza céntrica de la ciudad de

²³ **La Verdad**, 25-3-16.

²⁴ **La Verdad**, 25-3-16.

²⁵ **La Verdad**, 18-3-16.

²⁶ **La Verdad**, 21-3-16.

²⁷ **La Libertad**, 27-2-18.

²⁸ **La Verdad**, marzo-abril 1916.

²⁹ **La Verdad**, 18-3-16.

Avellaneda. Como en otras oportunidades, aquí también la lucha se libraba en el plano simbólico. “El viernes próximo el Partido Conservador realizará un gran meeting donde probará al pueblo entero la aplastadora superioridad de elementos con que cuenta. Han realizado manifestaciones idénticas radicales y socialistas, de manera que será fácil, muy fácil apreciar en presencia de la manifestación conservadora, donde está la mayoría y a quien acompaña el pueblo”.³⁰ Los conservadores se esforzaron en la organización del evento. En torno a una amplia tribuna adornada con banderas y repleta de focos de luz se agolpó una muchedumbre que, como en otras ocasiones, atendió por varias horas a los discursos de los candidatos y luego acompañó a estos en una festiva procesión por las calles de Avellaneda.³¹

El “leader” Barceló

Hacia fines de 1911, **La Verdad** acotaba su crónica de las elecciones municipales a los siguientes términos: “El domingo último se realizó el acto electoral de renovación de las autoridades edilicias, y como lo preveíamos correspondieron los honores del triunfo al Partido Conservador, el que de acuerdo con el escrutinio practicado el miércoles último ha obtenido el total de la representación”.³² Cuatro años después a una descripción análoga le agregaba: “además de los grandes prestigios del Partido Conservador, como fuerza popular, existen y pesan en una elección las no menos grandes simpatías de que goza en Avellaneda el jefe de esa fuerza el Senador Alberto Barceló”.³³ Lo que mediaba entre ambas reseñas era el desempeño en las urnas, al parecer imbatible, que había logrado el caudillo conservador.

No extraña pues que Barceló se convirtiese en el centro de los discursos proselitistas, en los que solían destacarse tanto los progresos edilicios debidos a su gestión como la específica orientación que había impuesto al grupo político local. Barceló era presentado como un “caudillo de nuevo cuño” que “con voto secreto y todo lo apetecido por las huestes contrarias” había logrado

³⁰ **La Verdad**, 28-3-16.

³¹ **La Verdad**, 1-04-16.

³² **La Verdad**, 26-11-11.

atravesar la prueba democrática.³⁴ A este encumbramiento de su figura es probable que haya contribuido también la muerte de su hermano Domingo en 1912, y el progresivo alejamiento de su otro hermano Emilio; ambos lo habían antecedido en la Intendencia y mantenían un fuerte ascendiente político en el distrito. En cambio, ni Enrique –candidato a diputado provincial en 1916– ni sus restantes hermanos tenían una trayectoria política comparable, por lo que Alberto quedó a la cabeza de la red familiar.

La apología de Barceló constituyó el motivo principal para los oradores del partido que, a partir de la reforma electoral, se presentaban en los subcomités y en las reuniones públicas. La prensa opositora solía ridiculizarlos:

Por último, al pie de la estatua de Avellaneda, se iniciaron los discursos y ¡aquí fué Troya! Las instituciones, las trincheras, los hermanos Barceló; los financistas, Ugarte, las libérrimas convenciones conservadoras, don Alberto, Enrique, los progresos de Avellaneda, el triunfo colosal, el viejito tradicional, la bondad de los dos hermanos, la diputación nacional de Alberto, la presidencia de Ugarte, la afabilidad de los Barceló, la hermosura de don Alberto, los simpáticos anteojos de don Enrique, el perrito de Alberto, el traje de Enrique, los discursos de Alberto, los entusiasmos de Enrique y Alberto y Enrique y Enrique y Alberto en abigarrada mezcla fué el tema interesantísimos de los oradores.³⁵

Un punto clave de estos discursos era la exaltación de la capacidad de gestión administrativa del caudillo y su compromiso con los intereses del vecindario. De hecho, aparece aquí la doble calificación de “político y administrador”, con la que sus simpatizantes seguirán refiriéndose a él a lo largo de su trayectoria. Como es sabido, la promoción de grandes obras edilicias –como el Hospital Fiorito, el monumento a Nicolás Avellaneda (realizado por la escultora Lola Mora) o el camino pavimentado a La Plata– fue ciertamente un rasgo saliente de sus primeras intendencias. Y no era difícil por entonces encontrar en la prensa local anuncios de grandes planes de pavimentación o detalladas crónicas de actos de inauguración de las obras.

³³ **La Verdad**, 2-12-15.

³⁴ **La Verdad**, 25-3-16.

Incluso la prensa metropolitana, que recurrentemente solía ocuparse de forma muy crítica del distrito y de su Intendente, no dejaba en ocasiones de atribuirle a éste una progresista labor edilicia.

Sin embargo, resulta significativo que el momento de mayor uso proselitista de estas obras, entre 1914 y 1916, fuese cuando éstas tuvieron menor intensidad. En efecto, a partir de 1914, la crisis económica provocada por la primera guerra mundial detuvo el acelerado aumento de los ingresos municipales que el distrito experimentaba desde comienzos de siglo, lo que marcó también el fin de las grandes construcciones edilicias. En este sentido, el uso electoral de la obra pública por parte de los barcelonistas no se asemeja al típico en sociedades atravesadas por fuertes lazos de clientelismo, donde es el puntero “quien negocia la entrega del censo local al candidato que antes de tal o cual fecha haga un depósito para la construcción del puente o gestione la concesión del ferrocarril.”³⁶ En rigor, todo indica que aquí se trató más de un argumento retórico, de un discurso dirigido a ensalzar la figura de Barceló, que de un intercambio clientelar de obras por votos.

De hecho, más allá de las bondades reales de la gestión de “Don Alberto”, la apología de su gestión edilicia solía adquirir una forma más pedestre en las villas y pueblos del distrito. “A medida que se acerca la fecha de las elecciones municipales”, señalaba un opositor,“(…) van nuestros caudillejos haciendo algo, no porque los anime buenas intenciones hacia nuestro adelanto edilicio, sinó por que como necesitan votos, *procuran de esa manera impresionar a la población a fin de conquistar simpatías*, para ver, si fuera posible, conseguir un buen contingente de electores”.³⁷ Dado que ya no se trataba de reclutar voluntades para participar de un juego político restringido, frente al nuevo electorado anónimo los barcelonistas tendían adoptar el discurso demagógico propio de las democracias masivas.

³⁵ **La Libertad**, 13-11-15.

³⁶ Varela Ortega, op. cit, pág. 363.

³⁷ **La Libertad**, 13-11-15. (cursivas son propias)

Conclusión

Esta somera indagación en la vida política de Avellaneda durante los primeros años de democratización alcanza para revelar un panorama sustancialmente distinto al ofrecido por la bibliografía existente. Durante este período, el suburbio capitalino no fue un enclave del fraude electoral y la violencia política, ni Barceló un caudillo empeñado en reproducir las artimañas de la *política criolla*. Lejos de resignarse a las prácticas políticas típicas de la etapa precedente, los conservadores de Avellaneda, acaudillados por Barceló, mostraron un activo interés en adaptarse al marco de la democracia de masas. Para ello recrearon viejos rituales políticos e incorporaron otros nuevos a su repertorio de prácticas proselitistas (manifestaciones, conferencias, grandes asambleas públicas), diversificaron la oferta de los comités introduciendo actividades de indudable atractivo popular, y apelaron a la oratoria electoral, la apología del *leader* y el uso demagógico de la obra pública. Todas estas prácticas, a diferencia de las prevalecientes en el pasado, hacían del espacio público la arena principal de la acción proselitista y privilegiaban la acción comunicativa en busca de consenso. Como vimos, la adopción de estos recursos no implicó el abandono de medios más tradicionales, como la tergiversación electoral o el clientelismo de los comités. Más bien, unos y otros se combinaron en busca de fortalecer las chances electorales del caudillo conservador.

En qué medida el caso de Barceló es representativo de lo ocurrido en otros municipios conservadores, sin duda, resulta difícil de precisar. Avellaneda reunía una serie de condiciones y características sociales que no tenían paralelo en la provincia de Buenos Aires (entre otras, cercanía a la Capital Federal, acelerada urbanización, presencia de grandes industrias y población mayoritariamente obrera). Además, todo indica que la relativa independencia frente a los recursos estatales de que gozaba el liderazgo de Barceló no era precisamente un rasgo común de la mayoría de las estructuras del conservadurismo bonaerense. Por otra parte, las particularidades del sistema electoral bonaerense, que sentaban condiciones favorables para la emergencia de liderazgos locales, dificulta la proyección a otras provincias del caso aquí

analizado. Sin embargo, más allá de su representatividad, creemos que el caso de Barceló sí es un indicador del desfase existente entre los supuestos historiográficos sobre estos agentes políticos y las evidencias que un análisis empírico permiten revelar. En este sentido, si bien los resultados pueden ser muy distintos, es probable que un estudio detallado del caudillismo conservador de la época descubra un universo local más rico y complejo que el reflejado hasta el momento por la historiografía.